

robaba á los ricos para dar el dinero á los pobres, y amenazaba á los malos con su trabuco, arma invencible, protectora de los desgraciados (1).

El «gaucho malo» ha desaparecido de los campos argentinos, como el bandido «caballista» de los campos andaluces. Pero todavía en los tiempos actuales resurge en España alguno que otro, como tipo retardatario del vagabundaje heroico, que en ambos hemisferios fué enérgica y brutal concreción de las mejores y peores condiciones de la raza.

El azar era el que hacía del «gaucho malo» un héroe histórico ó un bandido. Si tenía la desgracia de vivir en tiempo de paz, le llamaban ladrón y acababa al borde de un camino, muerto á tiros, como un perro rabioso, por los soldados de la justicia. Si sus tiempos eran de guerra y revuelta, podía llegar á general y á héroe, preocupando hondamente á los futuros historiadores.

Facundo Quiroga, nacido para matar y tal vez para morir luego en un cadalso tras largas estancias en presidio, fué gobernante de pueblos y aclamado héroe por una gran parte de sus contemporáneos. Él solo ha hecho escribir más de su persona que muchos bienhechores de la humanidad. Una época de disturbios y guerras convirtió en personaje histórico á un simple «gaucho malo».

* * *

El campesino argentino, como observa Sarmiento, rara vez bebe si los versos y la música no le excitan. Por esto toda pulpería tiene su guitarra. Allí donde hay un grupo de caballos estacionados y gente sentada en troncos de árbol ó cráneos de vaca, junto á una hoguerita que calienta el agua del mate, es casi seguro encontrar un poeta, un «payador», un versista que improvisa sobre temas patrióticos y amorosos.

España dió la vihuela al gaucho. Le dió también su música popular, de un marcado carácter oriental, con sus notas prolongadas, casi iguales al grito con que el muhecin saluda desde el balcón del minarete el nacimiento y la puesta del sol. La música árabe, trasplantada á las risueñas ciudades de Andalucía, pasó luego el Océano y se esparció por las llanuras platenses, para conservarse tal vez más pura que en la Península, por la vida de aislamiento que llevaba el gaucho.

La poesía y la música marcharon siempre juntas para el hombre de la llanura, que siente ante ellas un respeto casi religioso. Cuando el payador, errante bardo de la pampa, que bebe gratuitamente por derecho propio en todas las pulperías, tomaba la guitarra, hacíase un profundo silencio. Si eran dos los cantores y emprendían una justa poética, llamada «payada de contrapunto», con preguntas y respuestas de versos improvisados, el auditorio estremecíase, avanzando la cabeza para no perder ni una palabra ni un arpegio.

Estos certámenes solían acabar mal algunas veces. La fuerza del consonante obligaba á ingerir en el verso palabras molestas para el adversario. Además, el orgullo se mezclaba en la lucha, y muchas veces el amor, pues las mujeres presenciaban las *payadas de contrapunto*. Luego de un bombardeo por ambas partes de improvisaciones irónicas y ocultas amenazas, estos poetas de facón acababan por hacerse trizas las guitarras en las cabezas y desenvainar el «compañero», guardado en el cinto. De este modo la «payada de contrapunto» terminaba con un vivo menos y un «gaucho malo» más.

El verso gauchesco es casi siempre octosílabo y asonantado, como en los viejos romances

(1) En mi novela *Sangre y arena* he presentado el tipo del *Plumitas*, «gaucho malo» de Andalucía, igual á los de la pampa.

españoles. Además, la décima goza de gran popularidad en la Argentina, como en los cantos populares de muchas otras naciones hispano-americanas. La música de las canciones llamadas *tristes* y *vidalitas*, de intensa dulzura, es en tonalidad menor, y la de las tituladas *cielitos* en tonalidad mayor.

Dos bailes populares, el *Pericón* y el *Gato*, son de gran belleza coreográfica y musical. Con la famosa *Zamacueca* de Chile, forman lo mejor que la raza hispana produjo musicalmente al establecerse en el suelo americano. Recuerdan lejanamente los bailes españoles, la jota, las seguidillas, el bolero; pero con algo propio y característico que pudiera llamarse «el sello del país». Como en todas las danzas primitivas, el gesto fundamental es el arrullo del macho á la hembra, el acose amoroso del varón y la gracia con que ella se desliza librándose de sus rodeos. La parte masculina de estos bailes tiene una noble y pesada arrogancia. Se adivina que el bailaror acaba de descender del caballo. El retintín de las grandes espuelas acompaña con un ritmo belicoso el runruneo de las guitarras. ¡Lástima que estos hermosos bailes no sean en la vida actual de la Argentina más que un recuerdo histórico que reaparece en determinadas fiestas ó en los escenarios de los teatros!



ESCUCHANDO AL «PAYADOR»

El estridente acordeón y el baile «agarrao y con corte» de los suburbios de Buenos Aires han invadido los campos, haciendo desaparecer la vihuela del payador, las elegancias del *Pericón* y los alegres bailoteos del *Gato* y sus *relaciones*, coplas improvisadas con que se saludaban las parejas.

* * *

La poesía de la pampa tuvo un Homero, que fué Santos Vega. Semejante en lo incierto de su historia al gran poeta helénico, unos dudan de que haya existido, teniéndolo por una creación de la fantasía popular; otros vacilan cuando desean asignarle sitio y fecha de nacimiento, dejándolo envuelto en las sombras de los primeros tiempos coloniales.

Un ilustre poeta moderno, Rafael Obligado, ha recogido la leyenda del gaucho payador, dándola forma imperecedera en hermosos versos.

Santos Vega es el alma de la llanura, la ruda é ingenua poesía de las inmensas pampas. Dos inspiraciones templan su canto: el amor y la libertad. Los gauchos le ven pasar con el respeto cariñoso que las razas primitivas tuvieron siempre para los poetas, mezcla de sacerdotes y de augures, buenos amigos de las potencias divinas y misteriosas, con las que conversan en rítmicas palabras.

A la caída de la tarde, cuando el sol formaba en la línea terminal de la pampa un amplio portalón de fuego, los pastores veían destacarse sobre este redóndel de oro la silueta del viejo Santos, del trovador errante, montado en su incansable potro, erguida sobre la amplia frente el ala del sombrero, y terciada en la espalda la guitarra maravillosa. Por las noches, el caminante extraviado encontrábalo al borde de los arroyos, susurrando el agua entre las patas de su inmóvil corcel, jugueteando la brisa en las cuerdas del instrumento que pendía de su espalda, mientras el poeta, cabizbajo y con la boca rumorosa, parecía conversar con las estrellas que parpadeaban á sus pies, en el fondo de la corriente.

Corrían las mujeres, al circular de rancho en rancho la noticia de que Santos Vega había sido detenido á la puerta de alguna pulpería ó en una fiesta campestre para dejar oír sus versos. Sentado como un monarca en los raigones de un ombú, pulsaba la vihuela, entonando sus *tristes* y sus *ciclitos* con una voz que hacía enmudecer á los pájaros refugiados en el follaje y esparcía por la llanura un silencio de admiración, sumiendo á personas y cosas en éxtasis religioso. A su lado sentábase la mujer envidiada, la «prenda» del poeta, la moza de ojos negros, labios rojos y tez pálida, que se ruborizaba ó se erguía, con mal disimulado orgullo, al escuchar los versos compuestos en su honor.

Un atardecer, cuando los últimos rayos del sol enrojecían la llanura y las sombras de hombres y caballos prolongábanse desmesuradas sobre la tierra de color naranja, llega un jinete, desmonta y desafía al poeta. El también es payador y lleva bajo el poncho una guitarra. Hace tiempo que busca ocasión, según dice, para batirse á canciones con el famoso Santos Vega. La gente experimenta cierto malestar en presencia del recién llegado. Muchos sienten frío en las carnes. Las mujeres miran con temor sus ropas negras, su perfil aguileño y pálido, sus ojos de brasa. El mismo poeta contempla con inquietud á su contrincante. Su zozobra es igual á la del doctor Fausto cuando ve surgir de la penumbra del laboratorio al negro y misterioso estudiante. ¡Si será...! Algunos no dudan. El rival de Santos Vega no puede ser otro que el señor de las noches de la pampa, el temido «Juan sin Ropa»; el Diablo, en una palabra.

El poeta lúgubre, punteando su vihuela, se ha sentado en los raigones de un ombú é invita á Santos á cantar primero. Él contestará á sus versos.

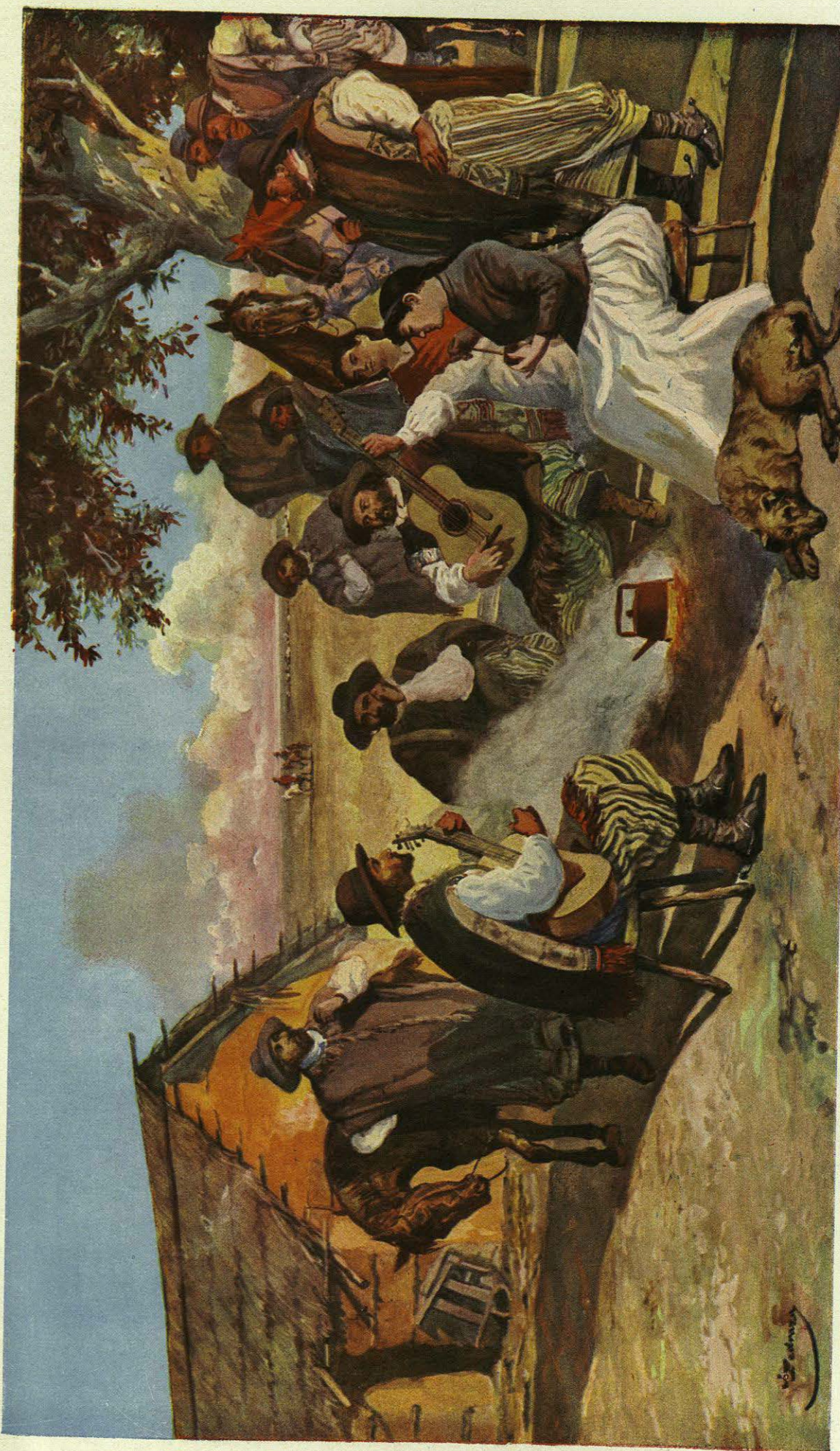
Y empieza la más famosa «payadura de contrapunto» que pudieron presenciar los jinetes solitarios de la llanura y sus varoniles compañeras. Santos canta con el presentimiento de que su palabra suena por última vez; cree que el misterioso rival es un enviado de la muerte, y pone en su voz y en sus versos todas las melancolías y ternuras del alma. Es el cisne de las lagunas pamperas lanzando el último canto. La tarde parece recogerse en la sombra del crepúsculo para escucharle mejor: palidecen las bocas de los que le oyen, tomando una lacrimosa contracción: se humedecen los ojos: la «prenda» del poeta se inclina hacia él subyugada, vencida por el amor y el entusiasmo, como si quisiera descansar la cabeza en sus rodillas. Jamás cantó tan bien el viejo Santos; nunca sus *vidalitas* arañaron tan hondamente la sensibilidad de los oyentes.

Al terminar, el público está tan emocionado que no aplaude. Las trémulas manos de todos buscan las del poeta para estrecharlas con adoración.

— Ahora yo — dice el payador lúgubre, de sonrisa burlona.

Y el ambiente se estremece como si recibiera el latigazo de un vendaval; pero es un vendaval melódico, una música sobrehumana, irresistible, sobre la que flota la voz del cantor, sarcástica y armoniosa. El cántico, de infernal atracción, parece enloquecer á los que lo escuchan.

Santos Vega sonrío con tristeza. ¡Es él! No se había engañado. ¡Él, que viene para ven-



UNA PAYADURA DE CONTRAPUNTO